



AGUSTÍN B. PALATCHI

ESPIONAJES
INVASIONES

Umbriel



Umbriel Editores

Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay • Venezuela

1.^a edición Octubre 2015

© 2015 by Agustín Bernaldo Palatchi

© 2015 by Ediciones Urano, S.A.U.

Aribau, 142, pral. – 08036 Barcelona

www.umbrieeditores.com

Depósito Legal: DL: B 18215-2015

ISBN EPUB: 978-84-9944-892-3

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Contenido

- Portadilla
- Créditos
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29
- Capítulo 30
- Capítulo 31
- Capítulo 32
- Capítulo 33
- Capítulo 34
- Capítulo 35
- Capítulo 36
- Capítulo 37

- Capítulo 38
- Capítulo 39
- Capítulo 40
- Capítulo 41
- Capítulo 42
- Capítulo 43
- Capítulo 44
- Capítulo 45
- Capítulo 46
- Capítulo 47
- Capítulo 48
- Capítulo 49
- Capítulo 50
- Capítulo 51
- Capítulo 52
- Capítulo 53
- Capítulo 54
- Capítulo 55
- Capítulo 56
- Capítulo 57
- Capítulo 58
- Capítulo 59
- Capítulo 60
- Capítulo 61
- Capítulo 62
- Capítulo 63
- Capítulo 64
- Epílogo

1

Gabriel Blanch se incorporó de la cama temprano y, al poner el pie en el suelo, lo asaltó un mal presentimiento. Rememoró de nuevo aquella pesadilla recurrente. Había sido tan real que todavía sentía las cuerdas aprisionando su cuerpo e impidiéndole respirar. Tratando de no darle importancia, se duchó en su minúsculo baño.

Con la toalla anudada a la cintura, cruzó el salón-comedor en un par de zancadas y entró en la vieja cocina. Abrió el tarro de cristal donde guardaba el café en grano de una cooperativa de Nyeri, muy próxima al monte Kenia, y depositó una cucharada sobre la báscula.

Marcó veintiún gramos. El peso del alma humana, según una antigua creencia popular.

Esbozó una media sonrisa. Las personas, se dijo, eran capaces de depositar su fe en las ideas más peregrinas. Giró sin prisa la rueda del molinillo y observó cómo las muelas cónicas desmenuzaban los granos tostados hasta convertirlos en arenilla uniforme.

Prendió un fósforo y, tras encender los fogones, desenroscó la cafetera italiana. Rellenó con agua la base inferior, depositó el café molido sobre el filtro y, una vez cerrada la tapa, dejó que se calentara a fuego lento. A sus treinta y tres años, degustar un buen café era el único lujo que todavía se podía permitir.

Se acomodó en el sofá del salón y, entornando los ojos, bebió un sorbo largo de su taza. Aquel café tenía cuerpo y su acidez fosfórica, con un punto dulce, le recordaba al aroma de los frutos rojos y negros de su infancia.

Suspiró satisfecho y encendió la televisión para ver el informativo. Las impactantes imágenes de un pez gigantesco devorando palomas lo sobresaltaron. Subió el volumen para escuchar la voz de la presentadora.

«Estos días el Ebro, a su paso por Zaragoza, ofrece un insólito espectáculo. Desde el centenario puente de piedra, los transeúntes contemplan asombrados cómo los sirulos cazan a las palomas que vienen a refrescarse en el agua del río. Estos peces, que pueden llegar a medir casi tres metros y pesar más de doscientos kilos, se abalanzan sobre sus víctimas con la voracidad de los grandes depreda-

dores. Los sirulos proceden de los caudalosos ríos de Centroeuropa y han sido catalogados como especie invasora. De momento, ya han provocado la total desaparición del bardo en el río Ebro y otros peces nativos se hallan en peligro de extinción.»

«Los peces grandes siempre se acaban comiendo a los pequeños», pensó Gabriel mientras enjuagaba la cafetera de aluminio.

Tras descolgar su bicicleta de la pared, la bajó a pulso por las escaleras del edificio y se montó sobre ella para acudir al trabajo.

A la altura de la plaza España, el brusco frenazo de un novato al que se le había calado el coche derivó en un concierto de cláxones e improperios. No era para menos. Había estado a punto de provocar un accidente en cadena.

Una vez superada la plaza, continuó pedaleando hasta llegar a la avenida Diagonal. Allí los coches circulaban civilizadamente, los correedores matutinos tragaban el aire contaminado sin alterar el rictus y ningún transeúnte invadía el carril bici.

Diagonal arriba todo parecía ir bien en Barcelona.

Hasta que entró en la redacción.

Al detectarse su presencia, las conversaciones se interrumpieron y un silencio incómodo se apoderó de la sala. Algunos compañeros le dirigieron miradas fugaces, apenas disimuladas, y otros bajaron la vista hacia sus papeles.

Cuando advirtió que el ordenador con el que solía trabajar ya no estaba sobre su mesa, se temió lo peor.

—Buenos días, Gabriel —lo saludó, con tensa amabilidad, el redactor jefe—. Será mejor que pasemos a mi despacho.

—¿Sucedo algo, Mario? —le preguntó en cuanto se quedaron a solas.

El redactor jefe tragó saliva.

—Ya sabes que no corren buenos tiempos para el periodismo... Los números no salen y hay que recortar por algún lado. El director general ha decidido suprimir tu sección.

—La de cultura... ¿Por qué será que no me sorprende que se la carguen? —dijo Gabriel, con acidez—. Alguien debería explicarle a ese *figura* que sin un plus de calidad no es posible vender periódicos hoy en día. Para no profundizar sobre ningún tema ya está la prensa gratuita.

—Te aseguro que he intentado defender la sección —protestó Mario—. Pero los ingresos por publicidad han caído en picado, las ventas

no dan ni para pagar el papel, y nuestra apuesta por Internet no funciona.

Gabriel negó enérgicamente con la cabeza, mientras sentía cómo el corazón se le aceleraba. Aquello tenía mal arreglo.

—¿Estoy despedido? —preguntó de repente.

—Nada de eso —lo tranquilizó Mario—. Si queremos sobrevivir, vamos a necesitar a los mejores. Así que no eres el primero de mi lista pese a que hayan suprimido la sección de cultura. De momento, te voy a pasar a la revista dominical y luego iremos improvisando de oído en función de la música que nos toquen.

Gabriel asintió en silencio. Siempre habían mantenido algunas discrepancias a la hora de enfocar las noticias, pero debía reconocer que Mario era un tipo legal. Tras unas palabras de cortesía, se estrecharon la mano y él se dirigió al despacho de Marta, la jefa del magazine.

La ley antifumadores no se aplicaba en su despacho, un territorio libre de toda ley que no fuera la suya. Los papeles se arremolinaban alrededor de su mesa como si estuviera sitiada, el teléfono sonaba sin que se decidiera a cogerlo y el humo contribuía a crear una atmósfera del todo asfixiante.

—¿Cómo pretenden que saque un dominical de sesenta y cuatro páginas con solo tres personas trabajando? —se quejó en voz alta, haciendo caso omiso del teléfono.

—Mario me ha dicho que a partir de hoy también puedes contar conmigo —proclamó con expresión neutra.

Marta suspiró, aplastó su cigarrillo en el cenicero y se encendió otro Marlboro *light*.

—Menos da una piedra —dijo a modo de bienvenida.

Después, su nueva jefa decidió que era el momento oportuno para contestar al teléfono. Gabriel observó en silencio su figura bien entrada en carnes. Fumar no la ayudaría a rebajar sus abundantes kilos mientras continuara devorando compulsivamente las galletas y chokolatinas distribuidas estratégicamente por su mesa. Marta era una firme candidata a sufrir pronto un ataque cardíaco. El periodismo se había convertido en una profesión de alto riesgo.

—Ya tengo un reportaje para ti —anunció tras colgar el auricular—. ¿Has oído hablar de las avispas asesinas?

Asintió con extrañeza antes de contestar. El punto fuerte del magazine eran los temas locales.

—En China decenas de personas han muerto y cientos han resultado heridas a causa de las picaduras de avispas gigantes. Afortunada-

mente para nosotros, unos miles de kilómetros nos separan de ellas.

—Te equivocas... Me acaban de comunicar que han detectado una colonia de avispas asiáticas asesinas en La Garrotxa. El tema se merece un artículo especial a cuatro páginas.

Gabriel notó un agujonazo en el estómago. Hay personas con fobia a la oscuridad, a volar, a los espacios cerrados, a las ratas, a las multitudes... Él no soportaba a las abejas ni a las avispas. Habían pasado más de dos lustros desde aquel traumático incidente de su infancia, y aun así...

—El asunto me parece apasionante —mintió Gabriel—, pero ¿no sería mejor encargárselo a algún colaborador más especializado en temas ecológicos? Yo me podría ocupar de...

—Es perfecto para ti —lo cortó—. Bastará con que vayas a documentarte sobre el terreno.

No podía iniciar la relación con su nueva jefa negándose a aceptar el encargo, así que se limitó a preguntar:

—¿Para cuándo quieres el reportaje?

—Para dentro de tres días: diecisiete mil espacios distribuidos en cuatro páginas. Ya sabes lo que funciona. Información de primera mano sobre la nueva plaga bíblica, con entrevistas a campesinos, médicos, avicultores, agentes rurales, posibles víctimas... Y, sobre todo, fotos impactantes de esas avispas letales. ¿Entendido?

Gabriel suspiró resignado. Aquel trabajo le iba costar más que ningún otro y nadie se lo iba a agradecer.

—Una cosa más —dijo Marta alzando un dedo—. No hay presupuesto para viajes. Si coges taxis tendrás que pagártelos tú. Apáñatelas como puedas, pero ten listo el reportaje en tres días.

Al salir del despacho tuvo la sensación de que había ingresado en el club de las especies en peligro de extinción.

2

«LA DESAPARICIÓN DE LAS ABEJAS ANUNCIA EL FIN DEL MUNDO»

Aquel era el titular sensacionalista que había utilizado como reclamo para que los lectores se interesaran por una entrevista que había realizado a Diana Cox, la prestigiosa doctora de etnología, durante su visita a Barcelona el otoño pasado.

Tras su conversación con la jefa del magazine semanal, ya no le parecía tan sensacionalista. Las avispas asesinas podían llegar a atacar a los humanos, pero el plato preferido de su menú consistía en cabezas decapitadas de abejas locales.

Pese a sus reticencias, el tema era de máximo impacto. Por eso, al regresar de la redacción, Gabriel se atrincheró en su piso para documentarse en profundidad sin que nada ni nadie lo molestara. Cerró la puerta de la cocina y bajó las persianas de su pequeño salón-comedor.

Rebuscando entre sus papeles encontró aquella antigua entrevista. Releerla no lo ayudó a calmarse. En opinión de la doctora Cox, si las abejas dejaran de existir, el ser humano tendría los días contados. Su argumento resultaba tan chocante como lógico.

Las abejas, al transportar polen de flor en flor, hacen posible el milagro de la fecundación. Por eso siempre repito que son heraldos de la vida. Si las plantas no pudieran reproducirse, los animales vegetarianos morirían, y las especies carnívoras no tardarían demasiado en seguir sus pasos.

La cadena alimentaria era tan delicada que se rompería si faltaban las abejas. Una reflexión inquietante, considerando las palabras impresas con las que había cerrado su entrevista con la doctora estadounidense.

Una de mis grandes preocupaciones es que, desde hace algún tiempo, las abejas están desapareciendo de las colmenas americanas y de otras partes del mundo. Es el fenómeno conocido como Colapso de las Colonias. Se marchan de sus colmenas y los apicultores las encuentran abandonadas sin explicación aparente. Nadie

ha logrado dar con una respuesta al enigma. Las abejas se nos están muriendo y no sabemos cómo salvarlas.

Según le había comentado, las causas podían ser múltiples: la contaminación, el abuso de pesticidas, la proliferación de monocultivos industriales, nuevos virus y parásitos... O una combinación de todas ellas. Además, había añadido, las abejas estaban amenazadas por especies invasoras contra las que no podían competir.

La lectura de noticias recientes sobre las avispas asesinas en Cataluña corroboró los temores de la doctora. Un artículo de *El País* alertaba sobre sus consecuencias:

El 19 de septiembre se avistaron en La Garrotxa (Girona) algunos ejemplares de avispas asesinas. Originarias de Asia, se cree que llegaron a Europa en un barco de mercancías y en la actualidad constituyen una amenaza capaz de acabar con las abejas y arruinar la industria de la miel en el sur de Francia y el norte de España. De considerable tamaño, lo que más asusta es su enorme capacidad reproductiva. Los apicultores catalanes están preocupados porque esta avispa no tiene depredador. Para evitar el desastre hay que aniquilarlas por completo antes de que se propaguen. Si no se consigue, ocurrirá como con el mosquito tigre, que ha hecho invivibles muchas terrazas del área de Barcelona.

Gabriel supo que tenía entre manos un asunto que podía prender mecha en la atención de los lectores, pero necesitaba recabar la opinión de científicos para ganarse su confianza.

Tras una intensa búsqueda por Internet, localizó una doctora en biología de la Universidad de Barcelona que había investigado el tema. Su tesis doctoral versaba sobre las especies invasoras en Cataluña y en el índice de su obra dedicaba varios puntos a las amenazas que se cernían sobre las abejas autóctonas.

La lectura del prólogo introductorio acrecentó su entusiasmo. Concertar una entrevista con ella le resolvería medio reportaje.

Se disponía a teclear el número de información de la UB, cuando un extraño ruido proveniente de la cocina lo sobresaltó. Abrió la puerta intrigado y, para su sorpresa, se encontró a una urraca golpeándose contra el cristal de la ventana.

Aquellas aves de pico negruzco y cabeza oscura habían emigrado de las zonas rurales y cada vez estaban más asentadas en Barcelona, sobre todo en barrios como el suyo, muy próximos a la montaña de Montjuic. Seguramente se había aventurado en la cocina buscando comida, antes de que él cerrase la puerta de su tentadora despensa.

Ahora lo observaba temblorosa, acurrucada sobre el alféizar. Con un gesto decidido de la mano, Gabriel abrió la ventana. El ave comprendió y abandonó su prisión batiendo las alas.

Tras limpiar la cocina de los excrementos dejados por aquella asustadiza invasora, se aprestó a volver a marcar el número de teléfono de la universidad. La operadora le transfirió a un número equivocado, pero después de otro intento infructuoso consiguió comunicarse con un responsable del Departamento de Biología Molecular.

—¿Busca a la profesora Ferreira para una entrevista de prensa? Un momento, por favor.

Gabriel entretuvo su espera imaginando cómo sería aquella doctora especializada en genética y especies invasoras. ¿Qué clase de mujer se dedicaría a investigar durante años cosas así?

—Buenos días. Soy Iria Ferreira —saludó una voz que se le antojó profunda y suave al mismo tiempo.

—Buenos días, soy periodista y estoy ultimando un reportaje urgente sobre las avispas asesinas en Cataluña. Me gustaría entrevistarte, si me permites que te tutee. Tu tesis sobre las especies invasoras me ha parecido fascinante —mintió— y sería bueno para el público contar con la opinión de una doctora en biología.

Al otro lado de la línea se hizo un largo silencio. Después, Iria lo sometió a una ráfaga de preguntas atropelladas. Para qué medio de comunicación trabajaba, qué extensión tendría el reportaje, si citaría sus opiniones textualmente y si podía acreditarse ante ella como reportero del periódico. Parecía recelosa, así que se esforzó por mostrarse convincente.

Cuando acabó de responder a su interrogatorio, ella se quedó callada un buen rato. Gabriel dudó sobre si se había cortado la comunicación o si la profesora estaba sopesando su respuesta.

—Todavía me queda una hora de trabajo en el laboratorio —dijo al fin, con una cadencia casi musical—. Si te das prisa, podría esperarte.

—En media hora estaré allí.

Tras colgar, Gabriel se acordó de que en el pueblo de sus abuelos todo el mundo creía que las urracas eran pájaros de mal agüero.

3

Gabriel aparcó la bicicleta en la entrada de la facultad y se pasó un pañuelo por la frente. El calor húmedo de Barcelona no remitía ni siquiera en septiembre. Sobre el césped, un par de jóvenes jugaban al fútbol poniendo en peligro a parejas melosas y a los estudiantes que descansaban con las carpetas como almohadas.

Un cartel coronando la puerta de acceso proclamaba NO A LA EXPERIMENTACIÓN ANIMAL.

En el interior del recinto, verdes enredaderas se descolgaban desde las terrazas de los pisos superiores formando un dibujo semejante al de la hélice doble del ADN. Mientras trataba de dar con los laboratorios, Gabriel observó con curiosidad los microscopios de diversas épocas que se exhibían en las vitrinas, pero no encontró ningún letrero que lo ayudara a orientarse.

—Estoy buscando a la doctora Ferreira —decidió preguntar a un bedel recostado sobre una mesa.

El ordenanza consultó sus papeles con aire ausente antes de anunciar, lacónico:

—Hoy no imparte clases.

—He quedado con ella en su laboratorio.

—Entonces está usted en el edificio equivocado. Es abajo, saliendo a mano derecha.

Gabriel no tardó en comprobar que el edificio contiguo albergaba el departamento de Biología Molecular. Tras deambular por un largo pasillo salpicado con tableros de anuncios y pósters de células en color, entró en lo que sin duda era un laboratorio.

Paseó la mirada por las mesas de melanina y por los armarios de cristal repletos de recipientes, frascos, tubos de ensayo y cajas numeradas.

Frente a lo que parecía un telescopio electrónico, una mujer con bata blanca, zapatillas deportivas y cola de caballo tomaba notas en un bloc. Su pelo, muy negro, lacio y brillante, contrastaba con el blanco mate de su uniforme. De complexión delgada, Gabriel calculó que medía alrededor de un metro sesenta y cinco.

Sobre la cabeza de la científica, un extractor en forma de campana emitía un zumbido constante que debía de haberle impedido oír su lle-

gada.

—¿Doctora Ferreira? —inquirió con voz vacilante.

Ella se giró, sobresaltada. Le pareció muy joven para ser la mujer que buscaba.

La chica lo miró en silencio, depositó unos tubos en la vitrina y apagó el extractor. Luego, se sacó los guantes de látex y le tendió la mano.

—Yo soy Iria Ferreira.

Gabriel exhibió una amplia sonrisa y le estrechó la mano.

El tacto de ella era suave pero firme, como si fuera una prolongación de su rostro. Los ojos, muy azules, se escondían tras unas grandes gafas de pasta que ocultaban parcialmente unas cejas bien definidas bajo su ancha frente. Su nariz, recta y elegante, combinaba la determinación con un cierto halo aristocrático.

—Te agradezco que hayas aceptado hablar conmigo tan pronto —dijo Gabriel, tras presentarse.

Ella se sonrojó, algo azorada.

—La verdad es que no estoy acostumbrada a que me hagan entrevistas. —Su voz tenía un eco musical que delataba su origen gallego—. Si quieres, podemos sentarnos aquí mismo.

Él extrajo su móvil del bolsillo y activó el micrófono mientras se acomodaba. Iria frunció el ceño y se revolvió nerviosa en su silla.

—Siempre grabo las conversaciones —explicó Gabriel—, pero si estás más cómoda puedo limitarme a tomar notas.

—Al contrario —replicó ella, muy seria—. Prefiero que me cites textualmente. Para alguien que no es del ramo resulta fácil incurrir en inexactitudes y, según me comentaste por teléfono, vas a escribir un reportaje sobre avispa asesina, ¿no es así?

—En efecto. Mi primera idea era centrarme en las avispas asiáticas que han llegado a La Garrotxa. Sin embargo, al averiguar que suponen una grave amenaza para las abejas autóctonas, busqué la opinión de algún biólogo que ofreciera al lector un enfoque más amplio. Y tu tesis doctoral sobre las especies invasoras en Cataluña me llevó a pensar que eres la persona ideal.

—Solo he aportado mi granito de arena sobre el tema —dijo ella con modestia—. Las especies invasoras procedentes de otros continentes aumentan año tras año. Y está claro que sus efectos sobre nuestro ecosistema serán devastadores. El Delta del Ebro, por ejemplo, ya está invadido por millones de caracoles manzana que destruyen los arrozales. Y en el sur de Tarragona las moscas de olivo también causan estragos. Pican las olivas para depositar sus huevos, y las larvas se alimentan

con su pulpa, echando a perder así las aceitunas. Por desgracia, los métodos que se utilizan actualmente para detener el avance de estas plagas no son efectivos.

—¿Y cuáles emplearías tú? —preguntó Gabriel.

Iria sonrió con timidez, y sus dientes blancos se alinearon en perfecto orden.

—Mutaciones genéticas. Esa debería ser nuestra respuesta ante las amenazas que no podemos combatir de otro modo. Sin embargo, nuestras autoridades son muy reacias a medidas de este tipo. La legislación actual no permite...

—Eso puede estar cambiando —la interrumpió Gabriel, extrayendo de su bolsillo un artículo reciente de *La Vanguardia*, donde había destacado con flúor un par de párrafos.

La empresa británica Oxitec ha solicitado una autorización para hacer ensayos de campo introduciendo moscas del olivo transgénicas en una finca de Tarragona. Este sería el primer caso en Europa de animales transgénicos liberados dentro de un entorno natural para acabar con su propia especie. «El diseño de las moscas macho contiene una información genética programada para que, cuando se apareen con las hembras, toda la descendencia muera en la fase de larva», explicó un portavoz de Oxitec.

Ensayos de este mismo tipo, basados en modificaciones genéticas, se han llevado a cabo con mosquitos que transmiten el dengue en Brasil, islas Caimán y Malasia. En breve se autorizarán nuevas pruebas en Estados Unidos, Panamá e India.

Iria le dedicó una mirada cargada de escepticismo.

—No creo que aquí aprueben este experimento —dijo con un mohín en los labios—, aunque sería muy oportuno. Las moscas del olivo están desarrollando defensas cada vez más resistentes contra los productos químicos y la normativa europea ya no permite fumigar desde el aire salvo en casos muy especiales. En cambio, donde los agentes químicos no han funcionado, los insectos transgénicos triunfarían. Y su éxito abriría la puerta para que pudiéramos utilizar esas técnicas en otras especies.

—¿Y si no pudiéramos volver a cerrar esa puerta? —objetó Gabriel—. La caja de Pandora ya no parece un mito tan lejano con esta clase de experimentos...